hecho, comparecieron ante los majistrados de Jerusalen. El gran pontífice les dice:—¿No os habiamos espresamente prohibido no enseñar en este nombre? sin embargo, habeis llenado á Jerusalen de vuestra doctrina, y quereis hacernos responsables de la sangre de ese hombre.—Pedro y los demas le contestan: Es preciso obedecer antes á Dios que á los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó á Jesus, á quien vosotros condenásteis á muerte clavándolo en cruz. El es á quien Dios elevó á su diestra para que fuera Príncipe y Salvador, y dar á Israel la remision de los pecados. Somos testigos suyos en todo cuanto os decimos, y lo es con nosotros el Espíritu Santo que Dios nos ha dado.—Oyendo esto los majistrados, rugian de furor y deliberaban cómo hacerlos morir.

"Entonces, continúa la historia, levantándose en el concilio un fariseo llamado Gamaniel, doctor de la ley, hombre de respeto en todo el pueblo, mandó que por un breve rato saliesen fuera los apóstoles, y les dijo:

"Varones israelitas, mirad bien por vosotros, y atended á lo que vais á hacer con esos hombres. Hace poco apareció un cierto Teodas que pretendia que era algo, y hubo como cuatrocientos hombres que le siguieron; pero fué muerto, y cuantos le dieron crédito fueron disipados y reducidos á nada.—Despues de este se levantó Judas, el galileo, en tiempo del empadronamiento, y arrastró tras sí al pueblo; mas pereció tambien, y fueron dispersos todos cuantos le siguieron.

"Pues ahora os digo que no os metais con esos hombres y que los dejeis; porque si este consejo ó esta obra viene de los hombres, se desvanecerá; mas si viene de Dios, no la podreis deshacer. Cuidad de que no parezca que quereis resistir á Dios. Y ellos siguieron su consejo." (1)

Si este hombre discreto viviese hoy, al leer la historia increible del establecimiento del cristianismo, cuyo principio vió; al contemplar la cruz dominando aún nuestras ciudades, desde el tope de las grandes basílicas, y sentado en el trono de Roma, hace mas de diez y ocho siglos, el sucesor de aquel mismo Pedro que compareció en su presencia..... ¿Qué os figurais que diria?

Lo que el mismo buen sentido, que se lo hizo presentir, hizo decir á Bayle, á despecho de todos los sofismas:

"El Evangelio, predicado por personas sin nonbre, sin estudios y sin elocuencia, cruelmente perseguidas y destituidas de todo apoyo humano, no dejó por esto de establecerse en poco tiempo por toda la tierra. Este es un hecho que nadie puede negar, y que prueba que es obra de Dios." (2)

CAPITULO VII.

FRUTOS DEL CRISTIANISMO.

Si nada conociésemos del Cristianismo, ni su doctrina ni su historia; si se nos ocultasen enteramente el árbol y sus raices, pero se nos ofreciesen tan solo los frutos, todavía nos veriamos obligados á reconocer que estos frutos no son de los que produce la tierra, y que su sávia debe provenir de un principio sobrenatural.

No podemos hacer mas que tratar de paso este asunto, ya tan elocuentemente tratado en obras especiales que todos conocen (3); por cuya razon nos limitaremos á presentar su sustancia filosófica.

El cristianismo ha enriquecido al hombre con sus divinos frutos:

En el órden moral.
En el órden intelectual.
En el órden sensible.
Tres aspectos bajo los cuales vamos sucesivamente á estudiarlo.

§ I.

Frutos del Cristianismo en el órden moral.

Para simplificar desde luego la prueba sacada de los frutos morales que ha traido á la tierra el cristianismo, y evitar con anticipacion muchas dificultades secundarias, es preciso fijarnos en un principio cierto y muy descuidado.

La religion verdadera debe ofrecer al hombre, prescindiendo de los esfuerzos de su naturaleza, medios eficaces de perfeccionamiento moral; de manera que todo el que quiera valerse de estos medios, esperimente sus efectos sobrenaturales y llegue á un grado que nunca hubiera alcanzado con los solos recursos que en sí tiene.

Pero esta religion, que así debe ausiliar la naturaleza del hombre, no puede violentarla. Esto seria destruirla y faltar á su objeto, pues la condicion de esta naturaleza es la libertad, y solo por el ejercicio de esta puede la religion conducir al hombre hácia su fin. Esta libertad es esencial á la naturaleza del hombre y al objeto de la religion. Por esto, lejos de destruirla, la verdadera religion debe estender su ejercicio.

De aquí resulta que quedando el hombre siempre libre, debe poder hacer siempre el mal, debe poder despreciar y desechar el ausilio de esta religion verdadera, debe poder abusar de ella. Hasta es menester decir que dando mas latitud á esta libertad, y aumentando su capacidad con toda la conciencia de las virtudes y verdades que le prescribe y revela, esta religion dará lugar á caidas individuales mas malignas, y que la misma prueba que hará subir á unos precipitará á otros: *Positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum:* resultado tanto mas inevitable, cuanto que siendo el hombre tomado

(1) *Hechos de los apóst.*, cap. 5.
(2) Bayle, *Diccionario crist.*, art. *Mahoma.*

(3) No tenemos necesidad de hacer mencion del *Genio del Cristianismo;* pero recomendamos la obra titulada: *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea;* tres tomos en 8º, por el presbítero Balmes, traducida del español; obra que da mucho mas de lo que promete, y que tanto por el fondo como por la forma corresponde perfectamente al estado actual de los espíritus. Por lo demas, el écsito mas estraordinario acaba de coronar, en Francia y en España, el mérito de este bellísimo trabajo, que honra al clero, y que honraria á nuestros primeros publicistas.

desde mas bajo, la prueba destinada á elevarle deberá ser mas poderosa y mas necesaria.

Seria, pues, proceder contra la naturaleza de las cosas el quejarse de que esta religion hubiese dejado subsistir crímenes sobre la tierra, y aun de que ella hubiese dado ocasion á algunos: efecto es esto de la perversidad humana, de una libertad mas activa y del abuso mas funesto de un bien mas perfecto, segun aquella mácsima tan verdadera: *Corruptio optimi pessima.*

Pero si á pesar de esta perversidad, á pesar de los caprichos de esta libertad, á pesar de las coincidencias de este abuso, esta religion obra en los que de veras la abrazan, efectos sobrenaturales de perfeccion; si salva á cualquiera que desea salvarse, aun cuando no hubiese mas que uno, habria ya acreditado su verdad, su divinidad. Sí; quede bien sentado: si hay *un solo hombre,* tomado como hombre, cualquiera que sea su carácter natural, su condicion, su capacidad, y únicamente reducido á lo que constituye el hombre,—la voluntad,—que haya esperimentado en la práctica de la religion cristiana efectos trascendentales de santidad y de virtud, no se necesita nada mas para justificar la divinidad de esta religion por sus frutos. En este caso, con el ejemplo de este solo hombre se probará que cualquiera puede curarse de su perversidad natural con el ausilio de esta religion: no dependerá mas que de él; no será mas que una cuestion de voluntad. *Si alguno quiere hacer la voluntad de mi padre,* dirá esta hija del cielo, *verá si mi doctrina procede de él ó si hablo por mi antojo;* y aun cuando todos los hombres se mantuviesen perversos por defecto de esta voluntad, esto nada probaria contra la divinidad de la religion, cuya prueba no habrian aceptado, y que armada con su cobarde repulsa, no hubiera cumplido menos con su mision no conduciendo al cielo mas que un solo escogido.

Pero la religion cristiana obró y obra todos los dias este perfeccionamiento sobrenatural, no solamente en uno, sino en millones de hombres diseminados por todo el universo. En el seno de la perversidad natural y social, á traves de todos los obstáculos que encuentra y que ella misma suscita, en ese perpetuo flujo y reflujo de pasiones y de crímenes que componen este miserable mundo, se mantiene sin cesar en una pureza inviolable, en una fijeza invencible, en una fecundidad eterna. Incesantemente está formando almas de una belleza prodigiosa, que causan envidia al mismo cielo, para el cual las prepara y que con frecuencia él solo llega á conocer. Con nuestra pobre y vil naturaleza hace ángeles, hace santos.

¡Santos! ¿Sabeis bien lo que es esto? ¿habeis reflecsionado alguna vez sobre el fenómeno de la santidad?

¿Qué es el hombre tomado en su estado natural? Todos podemos saberlo echando una mirada sobre nosotros mismos: es, en lo que hay de menos malo, un ser inclinado al mal, al egoismo, á la pereza, al orgullo, á la codicia, á la sensualidad, á la crueldad, á la doblez, á una increible frivolidad. Si se abandona á sus inclinaciones, ¿á qué grado no llega de perversidad y abyeccion? y si las contiene á medias, gastado por los esfuerzos que le cuesta, nada le queda para elevarse hasta el bien. Esta grande naturaleza se halla circunscrita al círculo de una moralidad negativa é infecunda; no obra mal: este es todo su heroismo. Y para esto aun es preciso que el temperamento, la edad, la condicion, el buen natural y la carencia de un mayor interes no ofrezcan á la voluntad grande lucha que sostener, ó que pueda apoyarse ésta en algunos groseros motivos de reputacion, de orgullo y de inaccion que balanceen el mal con el mal mismo, y que no dejen á ese sabio otro mérito que el de conservarse en equilibrio entre los escesos, y de ser no mas que un epicúreo de virtud.

He aquí de lo que es el hombre capaz. Poco mas ó menos, este es el diapason de su virtud. Lo mismo que su naturaleza física, su naturaleza moral no traspasa nunca ciertos límites, no salva cierto nivel.

En este nivel toma el cristianismo al hombre para elevarlo hasta la mas alta santidad, es decir, en un estado en que todos los malos instintos de nuestra naturaleza son anatematizados, y en que el bien, en lo que tiene de mas general y absoluto, se hace la profesion de todos los dias, de todos los instantes y de todos los suspiros de la vida; en que el alma, siempre inclinada y suspirando por la perfeccion, y deseando alcanzarla y llegar á ella cada vez mas, no solamente se priva de todo cuanto es prohibido, sino que se despoja hasta de lo que le es permitido, de todo cuanto hay de mas agradable, de mas querido y mas inherente á nuestra naturaleza, se inmola dolorosamente, se circuncida el corazon, no vive ya de la vida sensible y concupiscible, sino para morir á ella todos los dias, y por este medio nace, crece, se eleva y derrama en una vida nueva toda de perfeccion, de deber y de virtud, en la que no viendo jamas el bien que hace, sino el que deje de hacer, se desprecia haciendo actos de heroismo, se escita y aguijonea por todos los límites del deber, y va á confundirse, si es lícito decirlo así, con la perfeccion infinita del mismo Dios.

Este es el estado perfecto de santidad: estado sobrenatural para cualquiera que reflecsione en la corrupcion y pesadez de nuestra naturaleza, como lo seria para el físico el estado de un hombre que no tocase á la tierra y se sostuviese habitualmente en los aires.

Y ¡cosa admirable y bien digna de reflecsion! el cristianismo produce este estado en toda la naturaleza del hombre, en todas las edades y condiciones y á traves de todos los obstáculos. Nunca consulta á la naturaleza, tan dueño es de ella. Todo le es bueno para hacer un santo: un niño, un guerrero, un sabio, un pastor, un rey, una doncella, una alma pura, una alma criminal: todo se hace en sus manos capaz de santidad. De ordinario, hasta en las dificultades y resistencias de la naturaleza y de la sociedad, obra esas metamórfosis llamadas *conversiones,* y que no son menos prodigiosas en el órden moral que las de la fabulosa antigüedad en el órden sensible. Si quiere hacer brillar la caridad

y el celo del apostolado, escogerá un perseguidor; si quiere hacer ver la inflecsible intrepidez y el heroismo de la constancia, tomará el corazon de una vírgen; si quiere encantarnos con una obra maestra de dulzura y humildad, irá á buscar el alma de un rey; hará nacer la sencillez de la fé en el alma de un filósofo, y la mas sublime filosofía en la de un campesino; inspirará al heredero de un gran nombre y de una brillante fortuna la pasion de la renuncia de todo y de la pobreza; se apoderará de la elegante señorita en medio de los preparativos del himeneo y en el seno de las caricias maternales, para trasformarla en *hermana de caridad*, y de la pecadora que el mundo desprecia y rechaza, hará la amante de un Dios tres veces santo.

La accion del cristianismo en el alma se parece á la de aquellas sustancias ferruginosas que, inyectadas en las maderas mas porosas y blandas, les comunican la dureza é incorruptibilidad de las mas fuertes y consistentes. Es una sávia sobrenatural. Un santo es un hombre rehecho, un hombre *nuevo*.

Por consiguiente, solo el que hizo al hombre puede rehacerlo de esta suerte.

Este estado se hace sobre todo mas pasmoso comparándolo con el de la naturaleza humana cuando no habia aparecido aún el cristianismo.

Convenimos en que los paganos tuvieron hombres virtuosos y *sabios*, pero no tuvieron jamas lo que nosotros llamamos un *santo*. Practicaron las virtudes que estaban naturalmente á su alcance, virtudes humanas, relativas, interesadas; pero no obraron la virtud por ella misma, sencilla, verdadera, absoluta, desasida de todo motivo humano y á toda costa. En la vida de sus sabios encontramos deformidades morales monstruosas, cediendo con pocos esfuerzos en un punto, por ignominiosas debilidades en otros. Con frecuencia emplean una prodigiosa energía en algo que al principio creemos pertenecer á la virtud, pero que mirado de cerca no es mas que un verdadero vicio, cuyo prestigio consiste en no ser mas que lo opuesto á otro vicio, el cual á su vez y en otras circunstancias parece virtud por el mismo medio. El sentido moral es en ellos estraordinariamente limitado, y si traspasan estos límites, es siempre para incurrir en falsedad. Grandes disertadores de virtud, todo lo gastan hablando de ella, y ya nada les queda para practicarla. Poseen su fausto, pero no su sencillez. Sus acciones no siguen nunca á sus escritos. No saben sostenerse sobre las solas alas del deber y del sacrificio, y es siempre preciso que fijen su punto de apoyo en algun interes humano, de los cuales el mas sutil es la idolatría de sí mismo. Jamas conocieron la *abnegacion*, la abnegacion de todo y de sí mismo despues de todo lo demas. Esto consiste sin duda en que semejante virtud no está en la naturaleza del hombre, lo mismo, lo repetimos, que el sostenerse en el aire sin tocar á tierra. "Empuñar mas de lo que la mano permite, abrazar mas de lo que pueden sostener los brazos, y querer saltar mas estension de la de nuestras piernas, es imposible y monstruoso, dice Montaigne, y lo es tambien que el hombre quiera hacerse superior á sí y á la humanidad, pues no puede ver sino por sus ojos, ni comprender sino con su comprension; se elevará si Dios le alarga *estraordinariamente* la mano; se elevará abandonando y renunciando á sus propios medios, y dejándose levantar y sostener por los medios puramente celestiales. A nuestra fé cristiana y no á la virtud estóica corresponde el obrar esta divina y milagrosa metamórfosis." (1)—El buen sentido no podia hablar mejor.

Por otra parte, para elevarse los paganos á la santidad, no solamente les faltaba ayuda, sino conocimiento. Ni siquiera tenian idea de ella. Habia tantos sistemas acerca de la virtud como acerca de la verdad. La palabra virtud, que en el dia refiere todas las ideas á un solo tipo, era entre ellos específica, con tantas modificaciones como costumbres, hábitos y escuelas habia. De aquí es que su idea no la tomaban mas que en sí mismos. Indudablemente la idea de la virtud está en nosotros, tenemos conciencia de ella; pero está solo en estado de *reflectacion*, como una imágen en un espejo: su esencia está en Dios, á cuya semejanza estamos formados. El sentido moral es la imágen de Dios en nosotros. Pero esta imágen no puede subsistir sino por su relacion con el original, de modo que no puede haber virtud verdadera mas que por la religion que constituye esta relacion. Poco á poco y como consecuencia de un desórden original, habia ido el hombre perdiendo la vista de Dios, y el politeismo habia corrompido la religion verdadera hasta el punto monstruoso de que en lugar de ser el espejo de la perfeccion de Dios, el hombre habia hecho de Dios el espejo de sus propias imperfecciones, que se le presentaban ya como modelo. Las relaciones entre Dios y el hombre, no solamente estaban perdidas, sino invertidas. ¿Cómo podia conservarse en medio de semejante trastorno la idea de la perfeccion moral? Sin duda en el fondo quedaba todavía algo de ella en la conciencia del género humano; pero este algo era tan embrollado y confuso, que se prestaba á todas las falsas interpretaciones, á todos los errores y á todos los estravíos que nos ofrece la moralidad entre los antiguos.

En el colmo de este estado tomó el cristianismo al género humano. Por consiguiente, ¿cuál fué el principal medio de la regeneracion que vino á traerle? hacer salir la perfeccion divina, la santidad por esencia de lo *desconocido*, en que se hallaba como abismada; acercarla y hacerla descender al alcance del hombre; personificarla, encarnarla para que se hiciese mas visible y mas sensible, y ¡cosa profundamente admirable! humanizarla. La santidad en Dios nos hubiera abrumado, y nosotros no hubiéramos sabido cómo imitarla en nuestra calidad y condicion de hombres, puesto que los objetos en que debiamos ejercitarla no son los mismos para nosotros que para Dios. Para salvar esta dificultad, se hizo Dios hombre, á fin de que nosotros viésemos su santidad en ejercicio humano. Nos enseñó la manera de unirnos á él para imitarlo segun nuestra condicion, tomando él mismo esta condicion y practicando en ella nuestras virtudes humanas con su santidad de Dios. Redujo, coló, permítasenos el atrevimiento de la espresion, coló la esencia de su infinita santidad en un molde humano: se hizo hombre-modelo, hombre-Dios, á fin de que para imitar á Dios no tuviéramos que hacer mas sino imitar á un hombre.

(1) Montaigne, *Ensayos*, lib. 2, cap. 12.

He aquí de qué modo fué dado otra vez á la naturaleza humana el tipo de la santidad de Jesucristo, que es el Santo por escelencia, el *Santo de los santos*. Y para que pudiéramos llegar á imitarlo, su conocimiento fué acompañado de un ausilio misterioso, de un atractivo sobrenatural y omnipotente, que acerca, incorpora y trasfigura al cristiano en Jesucristo y lo convierte en uno de sus miembros, santo como él y por él, á proporcion de la fidelidad á seguir este divino atractivo, que es la gracia: la gracia, que es la sávia de Jesucristo, la sávia que hace los santos.

Por esto vemos, desde que apareció, brillar por todas partes en el mundo esa admirable eflorescencia de virtudes celestiales, esa poderosa fructificacion de santidad. Los doce apóstoles, que eran las ramas madres de aquel divino tronco, comunicaron desde luego su virtud á todos los que se ingertaron en él; esta regeneradora virtud corrió rápidamente por todas las obras del género humano, y brotó por todas partes vigorosos tallos, á traves de todos los obstáculos de la corrupcion y de la demencia. "¡Qué espectáculo, esclama á este propósito Fontenelle, para el mundo corrompido el nacimiento del cristianismo! Ver aparecer y derramarse por el universo hombres que opinan de distinto modo que todos los demas acerca de los principios mas comunes; hombres que condenan todo lo que con mas ardor es apetecido por los demas, y que profesan un amor sincero á todo cuanto los demas aborrecen. El lenguaje de la queja les es desconocido, á menos que sea en la prosperidad; no se contentan con tener en medio del infortunio una constancia invencible: gozan de una alegría que llega con frecuencia hasta el trasporte; si no se ofrecen espontáneamente á los tormentos, es porque se contienen; enviándolos al suplicio, no se les da sino lo que con mas ansia codician. ¿Qué prodigios son estos? debian decir los paganos; ¿qué trastorno es este? ¿han cambiado de naturaleza los bienes y los males? ¿ha cambiado acaso la de los mismos hombres? La admiracion debió de llegar á su colmo cuando se vió á los filósofos que hasta entonces habian aparecido en posesion de todas las virtudes y de todas las verdades, confundidos en sus especulaciones y en sus prácticas por otros filósofos incomparablemente mas perfectos. Estos últimos sabios, ó mas bien su maestro celestial, era quien destruia aquellas clases de paciencia establecidas por sabios engañosos, y mas viciosas acaso que la impaciencia natural á los hombres que no tienen mas guia que las pasiones. . . . . etc." (1)

Desde entonces la raza de los santos no ha dejado de reproducirse en la tierra, sin degenerar jamas. ¡Qué multitud y diversidad de santos no ha engendrado el cristianismo en todas épocas, en todas las situaciones, en todas las edades y en todos los rangos, abriéndose paso á traves de todo, por una virtud que hace lo que quiere y que solo se aconseja consigo misma; oponiendo á las dificultades y necesidades de los tiempos, diversos caracteres de santidad que los dominen, y en los cuales se encarna y perpetúa su imprescriptible poder! Nos falta espacio para delinear, hasta para nombrar esos testimonios vivos de la divinidad de nuestra santa Religion; su número no nos lo consiente, y su superioridad nos dispensa; y no pudiendo escoger entre todos esos héroes, preferimos dejar que se presenten por sí mismos al recuerdo y á la admiracion del lector: no tienen ninguna necesidad de recomendacion.

Por otra parte, como hemos dicho ya, uno solo basta, y hay uno que tuvo poder suficiente para amansar al patriarca de la impiedad, y para hacerle rendir homenaje á la divinidad del principio de este poder. La pluma de Voltaire no encontró jamas el nombre de S. Luis, sin perder todo su veneno y hacerse cristiana. Muchas veces hizo su elogio, y ¡cosa notable! nunca pudo separar al hombre del santo: tan evidentemente le hizo conocer el buen sentido, mas poderoso que sus preocupaciones, que la causa de tantas virtudes no podia dejar de ser sobrehumana. He aquí algunos fragmentos de este elogio, que es el del cristianismo en S. Luis.

"Confieso que los antiguos poseian todas las virtudes humanas; las virtudes divinas no se encuentran mas que entre los cristianos.

"¿Qué buen rey, en las religiones falsas, vengó todos los dias en sí mismo los errores inherentes á una administracion difícil, y de los cuales no se creen los príncipes responsables? ¿Dónde está el grande hombre de la antigüedad, que haya creido deber dar cuenta á la justicia divina, no digo de sus crímenes, sino de sus mas lijeras faltas, y de las faltas de los que, encargados de hacer cumplir sus mandatos, podian no ejecutarlos con bastante justicia?

"¿Qué climas, qué tierras vieron jamas á los monarcas paganos despreciar la grandeza que hace considerar á los hombres como séres superiores, y la delicadeza que enerva; y en medio del repugnante disgusto que inspira un cadáver y el horror de la enfermedad y de la muerte, trasportar en sus regios brazos á hombres oscuros, infestados del contagio, ecshalándolo todavía, y darles una sepultura que otros brazos temblaban de darles?

"Caido en poder de los musulmanes, alimentan estos la idea de ofrecer á su ilustre cautivo la corona de Egipto. Jamas recibió la virtud mas hermoso homenaje. (2)

"Subamos de punto nuestra admiracion; veamos, no lo que tenia encantada al Africa, sino lo que debe satisfacernos, aquella piedad heróica que nos recuerda todas las acciones santas de su vida.

"S. Luis es humilde en el seno de la grandeza; es rey y humilde. S. Luis socorre á los pobres; se postra en su presencia. Es el primer rey que les haya servido. Toda la moral pagana no habia siquiera imaginado una cosa semejante.

(1) Fontenelle, *Discurso sobre la paciencia*.

(2) A no ser el que le da Voltaire en este momento.

"No es menos desconocida de la antigüedad profana la caridad: es verdad que los antiguos conocian la liberalidad y la magnanimidad; pero ¿tuvieron siquiera idea de ese celo por la felicidad de los hombres y por su dicha eterna? ¿Tuvieron nada que se pareciese á aquel ardor con que el santo rey procuraba aliviar las almas de los débiles y socorrer todos los infortunios?

"La Religion produce, en las almas que ha penetrado, un valor superior, y virtudes superiores á las virtudes humanas. En S. Luis santificó todo lo que tenia este de comun con los héroes y los buenos reyes.

"¡Oh fantasmas vanos de virtud! ¡oh alineacion de espíritu! ¡cuán lejos estais del heroismo verdadero! Mirar de la misma manera la corona y los grillos, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte; hacer cosas admirables y temer ser admirado; no tener en el corazon mas que á Dios y su deber; no afectarse sino por los males de sus hermanos, y considerar los suyos como una prueba necesaria á su santificacion; hallarse siempre en la presencia de su Dios; no emprender nada, no triunfar nunca, no sufrir sino por él: he aquí S. Luis, he aquí el héroe cristiano, siempre grande, siempre sencillo, siempre olvidado de sí mismo. Reinó para sus pueblos; hizo todo el bien que pudo, sin ni siquiera desear las bendiciones de aquellos á quienes hacia felices. Huyendo de la gloria, que habia de ser el premio de sus beneficios, los estendió á los siglos venideros. No hizo la guerra mas que por sus súbditos y por su Dios. Vencedor, perdonó siempre; vencido, sufrió su cautiverio sin afectar insensibilidad. Su vida se pasó toda entera en la inocencia; vivió en cilicio y murió sobre la ceniza." (1)

Este elocuente cuadro de la santidad cristiana en S. Luis, puede aplicarse, en sus rasgos esenciales, á todos los demas santos que propone la Iglesia á nuestra admiracion. Su condicion y sus obras han sido diversas en el esterior; pero interiormente se encuentra el mismo espíritu, el mismo espíritu de sacrificio, el mismo heroismo de virtud.

Y no es preciso limitar á los santos canonizados por la Iglesia el número de esos florones de la corona del cristianismo; hay una multitud de otros que pasaron en la oscuridad, que viven y mueren en ella todos los dias, tanto mas santos cuanto mas desconocidos son al mundo y á sí mismos, y que están perdidos en su humildad. Los santos son como las estrellas del firmamento: ademas de las que forman las varias constelaciones reconocidas, hay una infinidad de otras que por su misma elevacion se ocultan á nuestra vista: el cielo espiritual tiene su via láctea.

La accion del cristianismo es incesante é infinita, aun cuando á veces sea oculta; y despues de dos mil años de fecundidad, germina y da todavía flores tan aromáticas y frutos tan sabrosos como en su principio. Es una funesta preocupacion que desalienta á muchas almas, el imaginarse que la santidad sea tan estraordinaria, y el no reconocerla mas que en las manifestaciones esteriores que caracterizan la vida de los principales santos; ademas de aquellos por cuyo medio quiso Dios edificar al mundo, hay muchísimos otros á quienes reserva para sí solo. La santidad puede ecsistir sin manifestaciones esteriores; decimos mas, sin manifestacion interior. Los actos, y no su manifestacion es lo que hace los santos; y como el distintivo de la santidad es la sencillez, debe de haber una multitud de almas á quienes el mundo no conoce, y que no se conocen á sí mismas, á quienes despreciamos y que tambien se desprecian á sí propias, las cuales de seguro están en los caminos de la santidad.

¡Oh! si supiéramos todos los santos que ecsisten en este momento sobre la tierra, no en parajes distantes, sino al rededor de cada uno de nosotros!.... En nuestros dias hay quien se ha complacido en contar los *misterios* de la corrupcion y del crímen: ¡si se pudiesen poner de manifiesto los *misterios* de la santidad y del sacrificio! ¡Oh! si las cabañas, los hospitales, las boardillas, las cárceles, los claustros, los desiertos, y sobre todo el humilde hogar doméstico, pudiesen contarnos todo lo que han visto! si pudiesen presentar todo lo que han recibido de las virtudes cristianas! ¡Qué espectáculo! Pero esto es un secreto entre Dios y sus ángeles, un secreto hasta para los autores de estas virtudes, que el dia en que Dios los corone, dirán con la ingenuidad del desinteres: *¿Cuándo fué, Señor, que hicimos todo esto?* (2) Un secreto para el mundo, que no es digno de ellos, y que las mas veces no es capaz sino de justificarlos insultándolos.

El mundo, sin embargo, se salva por ellos: bien pronto se corromperia y volveria á quedar sumido en las tinieblas de donde salió, si los verdaderos cristianos no fuesen, segun la espresion del Salvador, *la sal de la tierra y la luz del mundo.*

El fruto del cristianismo no está limitado, en efecto, á la santificacion individual de sus miembros, sino que por medio de esta santificacion purifica y moraliza la conciencia pública del género humano, de la cual participan los mismos que permanecen separados de su accion inmediata. El cristianismo ha dado la salud al mundo. Desde su centro sobrenatural ha obrado sobre el natural de las sociedades humanas. Las legislaciones, las instituciones, las costumbres y las diferentes relaciones que las componen, han sido reformadas sobre el Evangelio. La corrupcion pagana y la barbárie germánica han ido sucesivamente desapareciendo, y el mundo ha llegado á respirar el cristianismo como el aire. Todo lo que es general en el dia, todo lo que es público y universal, es cristiano ó se encamina á serlo. Indudablemente hay y habrá siempre corrupcion y perversidad en el mundo, porque habrá siempre libertad; hasta parece que en nuestros dias la hay mas que nunca; pero á mas de que nos hallamos en un estado estraordinario de transicion, podriamos hacer observar que no hay mas que crímenes *privados.* En otro tiempo habia crímenes públicos, sociales, colectivos; la perversidad se hallaba no solamente en las almas particulares, sino en el alma misma de la sociedad, en las leyes, en la opinion, en las instituciones, en los hábitos, en todo aquello por lo cual vivimos en comun. En la actualidad, no tememos decirlo, la hay menos que nunca, y cualesquiera que sean los estravíos de la moralidad privada, el nivel de la moralidad social ha ido siempre, salvo en las épocas de crísis, elevándose cada vez mas. Hay un fenómeno que importa mucho observar: cada uno de nosotros tiene en cierto modo dos ecsistencias; una privada, libre y responsable, y otra pública, social, y sujeta á la influencia de la atmósfera en que vivimos. No siempre está esta de acuerdo con aquella, y sucede con frecuencia que censuramos con todo el mundo y de buena fé lo mismo que cometemos en particular. Quizás nunca han estado estas dos ecsistencias mas divorciadas que en nuestros tiempos modernos. Nunca, si quereis, habrá habido mas crímenes, pero tampoco se habrán hecho nunca tantas protestas. Los mismos crímenes que se cometen tienen un carácter de singularidad, de *escentricidad*, como dicen, que se declara contra la insensatez lo mismo que contra la perversidad: hasta tal punto los rechaza la razon pública, y la conciencia social los condena. Hágase lo que se quiera, suceda lo que quiera, habrá siempre alguno que permanezca cristiano y que lo siga siendo cada vez mas: este alguno es todo el mundo. Los impíos y los malvados honran el freno que cubren de espuma, y aun cuando su número fuese mas considerable y mas encarnizado su furor, no les seria permitido jamas prevalecer contra el cristianismo, y esto por una razon muy sencilla: porque no pueden combatirlo sino por medio de sus dones.

Por cierto es este un fenómeno muy raro, y una hermosa prueba de la divinidad de un principio que, despues de haber conducido el mundo hasta un punto tan elevado de civilizacion, á traves de los elementos mas contrarios, lo contiene en él, en contra de la inmortalidad privada que esta misma civilizacion engendra, y continúa haciéndolo avanzar en ella, á traves de todos los escesos particulares de una sociedad que vivifica á despecho de sus miembros.

El cristianismo triunfó de la corrompida civilizacion del paganismo; purgó de ella al mundo, y este fué un bellísimo preludio. En seguida tuvo que emprender otro trabajo enteramente distinto del primero, pero no menos grande y bello: tuvo que triunfar de la barbárie que vino á interponerse á su accion regeneradora. Despues de haber separado los hombres civilizados de sus preocupaciones, tuvo que civilizar á los salvajes. Despues de haber corregido, tuvo que enseñar. Por distinta que fuese de la primera esta segunda empresa, la llevó á cabo con igual resultado, sin cambiar de principios ni de medios, sin dejar de ser siempre el mismo. Hasta llegó, ¡cosa admirable! á trabajar por mucho tiempo y á la vez en estas dos grandes empresas, y mientras que con una mano santificaba las costumbres pútridas de Roma y de Corinto, amansaba y civilizaba con la otra los feroces hábitos de las hordas vomitadas por el Norte. De este segundo alumbramiento salió el mundo moderno con todo el desarrollo de sus facultades morales, intelectuales é industriales. Pero faltábale al cristianismo pasar por otra prueba y alcanzar otro triunfo: salvar al mundo del abuso de los bienes de que lo habia colmado: conservarle estos bienes y aumentarlos á despecho de este abuso; hacerlo pasar por encima del fatal escollo contra el cual toda humana sociedad se ha estrellado, á saber, la corrupcion de sus propias riquezas, la decadencia de sus propias grandezas, la muerte despues de la vida. Escollo mas temible que los anteriores, pues está en razon de la altura de la civilizacion que lo engendra, y el triunfo debe obrarse sin ningun apoyo de la misma naturaleza del obstáculo, y por un esfuerzo puramente interior.

Este es, sin embargo, el grande espectáculo que tenemos á nuestra vista, sin fijarnos mucho en él, y que caracteriza nuestra época de *transicion.* La crísis heróica que hace mucho tiempo se iba preparando, se declaró decididamente en el siglo XVIII. La sociedad moderna rajó el escollo; zozobró y desapareció por algun tiempo en los abismos. Pero llevaba un piloto divino que sabe mandar á los vientos y á las olas. Ha reaparecido la civilizacion, vomitada por el abismo en que se habia perdido; y si se hace sentir todavía la ajitacion, si las pasiones baten aún los flancos de la Iglesia de Jesucristo y se sublevan para apoderarse otra vez de ella, dejadlas, esto no es mas que un resto ó una repeticion ficticia de peligro. La razon cristiana, la fé católica, identificadas de hoy mas con todo cuanto hay de verdaderamente conservador, civilizador y progresivo, van tomando cada dia una situacion mas elevada, y despues de tantas pruebas de la accion de Dios y tantas prendas de la fidelidad de sus promesas, ilustrados por lo pasado, confiados en lo presente y seguros del porvenir, digamos con Pascal: "Es muy bueno verse de este modo azotados por la tempestad, en una embarcacion que se sabe no puede perecer."

§ II.

Frutos del cristianismo en el órden intelectual.

Hay tanta debilidad en el espíritu del hombre, como miserias en su corazon. Esta debilidad, no obstante, atestigua su grandeza, pero caida, que en vano intenta recobrar, y que sin embargo no puede abdicar. Las tendencias de todas sus facultades no le permiten ignorar que no todo acaba con el cuerpo, y que lo rodea un mundo sobrenatural; y la debilidad de estas mismas facultades no le permite tampoco saber á qué ha de atenerse respecto de ese mundo sobrenatural, y qué es lo que en él le espera. Incapaz de saberlo todo y de todo ignorarlo; no pudiendo fijarse para descansar, ni en la negacion ni en la afirmacion; atraido por la verdad; suspendido por la duda, su razon es mas limitada que su instinto, y su ciencia mas consumada consiste en *saber que nada sabe.* ¡Palabra la mas profunda que haya salido de la boca del hombre! porque supone el senti-

(1) Voltaire, *Razon del cristianismo*, en la palabra Aveux.

(2) Mat., XXV, 38.